

La atmósfera. Me gusta llamarlo atmósfera principalmente por lo que conlleva. Ejerce presión. Así, las apariencias son productos de una atmósfera presente en todas partes. No se puede escapar.

Hablamos de redes sociales muy a la ligera, asumiendo que no conllevan nada y que no son más que una herramienta. Y en cierto sentido es así, son herramientas, el problema reside en quien las controla. El único que pierde en una red social es el usuario.

Hace mas bien poco se ha instaurado en China un sistema de puntos de ciudadano gestionados a través de una red social que viene predeterminada en los móviles. Gracias a esto, el gobierno autoritario es capaz de dar valor numérico a una persona y considerarlo en base a eso. Si cometes faltas, tu puntuación baja; si eres ejemplar, se te otorgan puntos. ¿Y qué mas da? Varios ciudadanos chinos se han visto incapaces de usar transporte público debido a una baja puntuación obtenida a causa de delitos menores como cruzar en rojo captados en cámara.

A lo que quiero llegar es que en un mundo conectado, uno debe renunciar a su privacidad, al igual que el resto. ¿O es así?.

Si bien es cierto que las cámaras de China no mienten, las personas sí que lo hacemos. En un mundo conectado, todos somos anónimos.

Aunque algunos no hagan buen uso de esta característica, lo cierto es que en internet sólo se puede ver tanto como mostramos.

Es naturaleza humana querer ser el mejor, y cuando no se puede, se intenta parecer que si. Mucha gente define una red social como “una ventana a su vida”. Sin embargo, una definición más acertada sería “un escaparate a tu vida”. Y hago esta definición porque somos capaces, y de hecho lo hacemos, de elegir qué enseñamos. Estamos vendiéndonos a los demás en cierta forma, haciendo ver que tiene mucho valor ser tu amigo, porque tenemos una vida frenética y divertida, porque apoyamos las mismas cosas, etc.

Así es como aparece la atmósfera. Un sentimiento común de competencia naufraga en la cual nunca hay ganador, y el premio es superficialidad.

Si me preguntan: ¿las redes sociales nos ayudan a mostrarnos tal y como somos? Pesimísticamente debo decir que no; a lo que nos ayudan es a mostrarnos como queremos ser.

Esto es lo que promueve el sistema de likes y dislikes, un molde social. Cuando una persona publica algo, no lo hace para expresarse, sino porque busca una respuesta. Lo que quiere son esos apoyos, esos puntos a favor que no sostienen ningún valor real.

Es por esto que no, no se puede conocer a alguien a través de las redes sociales, sino lo que quiere que conozcamos, en muchos casos características adaptadas a un molde social que le asegurará simpatía popular.

Aun así, saber discernir entre realidad y apariencia va más allá de eso. Realmente estas apariencias pueden convertirse en realidad, cambiando al individuo en sí. Esto supone un gran problema para la identidad personal.

La atmósfera. Nadie sabe bien por qué lo acepta o cómo llegó a este punto, pero es palpable. Aquel capaz de adaptarse es aceptado, y se rechaza al resto. Se forma una burbuja social de ideas y opiniones compartidas, en la cual una detrás de otra asumen lo mismo. Uno deja de ser uno para ser parte de esto. Asume ideas por convención y no por convicción. Y lo peor es que esta burbuja no se puede romper. Si son tantos deben tener razón. Así escudan su superioridad moral.

La atmósfera no es más que la opinión pública, una verdad absoluta para los que forman parte y una absoluta estupidez para un observador externo. Y sin embargo no se puede luchar contra ella. Tanto poder ejerce que es capaz de mover masas. Y a ojos de quienes la conforman siempre tienen razón, y se apoyan entre sí.

Estamos viviendo la edad media de la globalización. Es maravilloso tener la posibilidad de establecer contacto social con personas de todo el mundo, pero ese concepto se derrumba cuando se deja de ver a personas y se muestra una idealización de las mismas. Es comparable a un amor platónico.

Una globalización en todos los sentidos. Somos mercancía, y nuestro valor varía en función de cómo nos vendemos. Es ciertamente triste. Vamos a un punto mejor, un Renacimiento tecnológico y social, pero esto supone un coste, una despersonalización en la que eres más o menos en función de tu valor social.

Así aparecen los casos de catfish, personas en las redes sociales que se venden como lo que no son, variando en gravedad. Puede ir desde usar tus fotos de hace unos años hasta hacerte pasar por una joven rubia y soltera con ganas de divertirse, en muchos casos el personaje detrás del perfil se divierte sacándole dinero a gente inocente y fácil de engañar.

Las redes sociales son por ahora un escaparate a una vida impersonal adaptada a normas sociales y en busca de la aceptación y apoyo popular que no otorga ningún valor real. Somos naufragos perdidos en un mar de anónimos, un mar comparable a la atmósfera, que conspira por hundirnos, y en vez de construir un barco con todos los tablones que nos mantienen a flote decidimos fardar de que el nuestro es de madera de pino del Himalaya para que se nos aplauda. Se acercan tormentas.

Redes sociales, anonimato, autoritarismo, puntuaciones, renacimiento, naufragos, atmósfera, apariencias...Ha sido un largo trayecto. Hemos mencionado al principio que todo esto no son más que herramientas, y que lo que realmente importa es quien las controla. En la Edad Media nadie cuestionó nada durante siglos, y la historia esta condenada a repetirse. Es cultura. Y es la contracultura la que se rebela. Aún estamos a tiempo de coger la sartén por el mango. No nos olvidemos de que somos personas y no mercancía, y que una relación no es mensaje arriba y mensaje abajo.

En un mundo interconectado necesitamos conexiones reales mas que nunca.

La sociedad de hoy en día se basa en imponer modelos a seguir, cánones de belleza, ideales en todos los aspectos. Todo aquello que no encaje con estas imposiciones tan interiorizadas (incluso por los más críticos) se sale de la norma y claro, ¿cómo va a ser algo no normativo aceptado?.

En un mundo que basa el sentido de la vida en la opinión y la aceptación, la comodidad a la que estamos acostumbrados nos hace escoger el camino más fácil.

¿Para qué vamos a esforzarnos en ser aquello que queremos ser si podemos fingirlo?. Y peor aún, ¿para qué vamos a querernos y aceptarnos como somos si podemos aparentar otra cosa?.

El ser humano, hoy en día, carece de tanto amor propio que se conforma con la falsa admiración de los demás, y eso es para nosotros el triunfo. Y digo falsa porque admirar a través de una pantalla pierde del todo la esencia de lo que supone esa palabra. No, no estas enamorado de esos famosos que han colgado una foto espectacular en Instagram. Cuesta creerlo, pero sólo tienes acceso a una parte de ellos. La más perfecta. La que te hace querer ser igual.

Entonces tu empiezas a aparentar, desde la infancia, para gustarle a la gente. Y tus amigos hacen lo mismo, y los amigos de tus amigos. Y te pasas las tardes mirando fotos de gente impresionante que también le gusta a la gente. Y todos dejamos el gustarnos a nosotros mismos en segundo plano.

Las imperfecciones de los demás se hacen pequeñitas, casi invisibles. Y son las tuyas, niña o niño que estas comenzando a madurar, y las tuyas, adolescente con acné, y las tuyas mujer sin curvas (o con más de las establecidas por los cánones) y las tuyas que estas empezando a envejecer, las que se vuelven enormes a la vista de todos.

Pero no pasa nada, no desesperemos. Ahora subimos un vídeo de lo que vamos a comer y nos ponemos guapos.

“Qué bien vives, te veo genial”, “siempre tan bonita”.

Y ya está. Le seguimos gustando a la gente, menos mal. Hora de volver a ponerse el chándal y a comer con las manos.

Suena triste que nuestra autoestima dependa de los demás.

Pero lo verdaderamente triste es que conscientes de ello, solo alimentamos al monstruo.

Aquellos a los que deberíamos admirar realmente es a quienes no tienen miedo a mostrarse como son, a dar su opinión, y a ser personas reales. Desafortunadamente, la reacción de la gente no suele ser buena. Así que nadie vuelve a atreverse a ser uno mismo en las redes.

Cuando nos enfrentamos al mundo real, no llevamos filtros. Ni posamos. Y a lo mejor ni siquiera somos tan guapos.

Gracias a estas redes sociales la gente se ha vuelto más superficial, y gustarles ahora supone un problema.

Desconocemos nuestras virtudes y agravamos nuestros defectos.

Son esas personas que nos quieren tal cual somos, las que nos conocen de verdad, de las únicas que debería importarnos una opinión. Claro que es mucho más fácil aceptar los halagos de los desconocidos que creemos conocer. Porque, como ya he dicho, sólo conocemos aquello que ellos quieren enseñar, su perfil bueno, e ignoramos todos los aspectos que conforman a una persona.

Y sin embargo, sería muy hipócrita si no admitiese que formo parte de ese grupo de gente. Si no dijese que tiene su parte buena. Y si no reconociese que he conocido personas maravillosos a través de la pantalla.

Porque los defectos que escondemos no nos hacen ser peores, sino únicos.

MARTA BAZÁN (2º Bach. C)

A día de hoy los espejos son insuficientes. Las descargas de luz innata, azul, devuelven a la consciencia a recibir un retrato fiel a nosotros, y viceversa. Son incontables los casos de matrimonios que nacieron en Facebook, de contenido en pro del aprendizaje de todos en Youtube, y de famosos que son asesinados por Google más de una vez por año. De veras, han matado tantas veces a Melendi y resucitado que ahora se me asemeja a un gato (con más de siete vidas, quizás).

La necesidad de crear redes entre los mortales no es millennial; hemos vivido siempre por y para el espectáculo vital toda nuestra historia; ya sea la incansable sed de aprendizaje humanizándose (es decir, cuanto más humano me siento, mejor), o una simple cuestión de narcisismo excesivo en el que Narciso no se ahoga en su reflejo, sino que salpica a cualquiera que pase a su lado.

Guy Debord establecía en su filosofía estas formas de fábula, espectáculo, cine o "twitts" que persigue a la raza bípeda, la consideración de que si no nos mostramos, no existimos.

Bien es cierto que gracias a la autonomía intelectual (que es más bien escasa), cada uno conforma su idea sobre ser un ser público y cómo transmitir dicha publicidad. Podemos optar por ser fieles a nuestro plano, a este lado de la pantalla, y no dentro; o podemos escoger ser una versión mejorada, o una versión directa y radicalmente distinta a la nuestra. Bajo la pregunta de cuanta apariencia y cuanta realidad poseen las redes sociales y una predilección absoluta por el pensamiento de Debord: queda todo bajo aporte e interpretación.

Bajo la mía se crea una realidad aparente, es decir, una segunda oportunidad para vivir y ser consciente de la realidad sin la torpeza de existir físicamente, como si internet fuera el cubo de vomitar social. A nadie parece molestarle el olor de los demás, yo solo quiero vaciar mi estómago junto a ellos. Y creo que todo se sumirá en la bulimia: si no cuento lo que siento es

un exceso emocional. ¿Cuanta vulnerabilidad cabe en un ser humano, que nos volvemos, sin quererlo y bajo una esperanza de recuperar la confianza, aún mas vulnerables?.

Esta realidad es un veneno que sabe bien y que entra dulce, casi te alivia hasta la garganta (gritar en las redes es muy cansado, aunque nadie te escuche). Es una realidad paralela que no dispone ni de menos ni más que la física, excepto por la pequeña dosis de veneno que convierte el almíbar en cianuro que es el anonimato. Y cuando perteneces a una realidad en la que no dejas rastro, lo que te encuentres por el camino volverá a ser la promoción de un humano sobre su condición, sobre sus putas vacaciones en Roquetas de Mar o lo triste que le hace saber que niños inocentes (y no solo niños), que lejos de importarle lo más mínimo, han muerto, ¡y no solo en Internet!

El problema de hacer de la vida un espectáculo, o, aún peor, de un espectáculo tu vida, es que el público cuando finalices abandonará el teatro o se matará a alabarte, pero no quedará indiferente, y aún menos callado. Serás un producto más que consumido en medio del escenario. Serás el efecto colateral de intentar imitar lo real, y ya no sabrás dejar de actuar. Ni el público cuando es adecuado aplaudir.

MARÍA VILLAGRÁ (2º Bach. B)